

LVII.

El buen vecino.

Acaso nuestros lectores no habrán olvidado aun la casita de Cádiz adonde Mario fué conducido por el tío Antonio después de la muerte del Sr. Gonzaga. A ella los vamos á conducir de nuevo, retrocediendo algunos años en nuestra narración.

Los vecinos se habían aficionado al ahijado de la lavandera como llamaban familiarmente á Mauricio desde que la Nereida del Estanque había tenido la humorada de cambiarle nombre al protegido del tío Antonio con gran placer de este, que no quería que su hijo se condenase por el pecado de llevar el mismo nombre que un herege de la magnitud que se le había representado la buena y discreta Doña María de la Cruz.

Pocos días después de la partida de Mauricio para México, no se hablaba en la portería del tío Antonio de otra cosa que

del chico que había sido enviado á América y á quien todos extrañaban de una manera inaudita.

El tío Antonio lloraba lágrimas tamañas como avellanas por la ausencia de su hijo adoptivo; pero decía que lo que había hecho era para su bien y que el chico no había nacido para ser portero ni para remendar zapatos sino para llegar á cosa muy grande.

El pobre viejo se pasaba las noches en vela pensando en su querido hijo y pidiéndole á Dios le diese mucha vida para verle logrado.

En una de aquellas noches de insomnio le pareció oír gritos como de una persona pidiendo socorro. Se enderezó en su cama y aplicó el oído; los gritos habían cesado.

—Estaría yo soñando, se dijo el buen viejo, y volvió á acostarse procurando conciliar el sueño que parecía tener empeño en alejarse de él.

En aquel momento pasaba una cosa extraña en el cuarto principal. Los gritos que había oído el tío Antonio no habían sido ilusión de sus sentidos; los vecinos todos del cuarto principal los oyeron como él, pero ninguno salió de su habitación á informarse de la causa que los producía.

La prestamista, á pesar de ser muy pasada la media noche, recibía en aquel momento al ex-empleado de hacienda, que con palabras y obras trataba de convencerla de su entrañable amor. Los gritos que alarmaron al tío Antonio produjeron un paréntesis entre dos ardientes besos de la interesante pareja. La tuerta, llevando la mano al corazón, y disponiéndose á desmayarse, le dijo á su amante:

—Oíste?

El antiguo covachuelista, cuyo fuerte no era el valor, se puso á temblar como un azogado, y tratando de ocultar su miedo á la dama de sus pensamientos, contestó con acento

que trataba fuese varonil y resuelto, pero que la falta de humedad producida en sus labios por el miedo hizo trémulo y apagado.

—Sí, no ha de ser nada.

Como el tío Antonio, permanecieron un instante atentos, y no repitiéndose los gritos, continuaron entregándose á las dulzuras de su amor.

Los vecinos del otro piso, jóvenes y pobres, dormían á pierna suelta con ese sueño profundo que quisiera uno hacer durar toda la vida, y nada oyeron.

En cuanto á los otros dos vecinos del cuarto principal, preciso es que entremos á sus habitaciones para ver si allí podemos averiguar algo de lo que pasaba y que con tanta justicia habia alarmado por un momento al buen portero y á la amar-telada pareja de enfrente.

El cuarto del jesuita, como llamaban en la casa al vecino inmediato al sexagenario avaro, se hallaba alumbrado pero vacío. La cama estaba descompuesta, é indicaba que el propietario se habia echado en ella para madurar sus proyectos ó para conciliar el sueño.

Todo en aquella habitacion justificaba el nombre de jesuita que el vecindario daba al que la vivia. A la cabecera de la cama y sobre una mesa pequeña, habia un tremendo Cristo de bronce ó de metal dorado, clavado en una cruz de ébano; á sus pies una calavera humana, cubierta con un bonete, y una lámpara de aceite que era la única luz que luchaba allí débilmente con las tinieblas de la noche; al lado se ostentaba un voluminoso breviario con los cantos pintados de encarnado y lleno de cintas que señalaban las oraciones que el jesuita tenia sin duda costumbre de rezar cuotidianamente. Algunos sillones de madera negra, con respaldo y asiento de badana oscurecida por el uso, dos rinconeras del propio color, en las

que habia capelos que cubrian el uno á San Dimas en la cruz y el otro á San Lorenzo en la parrilla, ambos santos de cera, y un enorme ropero entre las rinconeras, completaban el ajuar de la pieza en que nos hallamos.

La puerta está cerrada y la llave puesta por la parte interior, de manera que no se puede comprender como la habitacion está desierta, no habiendo otra salida que la citada puerta para el corredor.

Algunos momentos pasaron sin que el menor ruido ni movimiento alguno indicase la presencia de un ser humano en el aposento á que hemos conducido al lector. Aquello causaba pavor y frio. De pronto, las puertas del ropero se abrieron y apareció entre ellas la cara de un hombre; despues de dirigir la vista por todos lados como temiendo que alguno hubiese entrado al cuarto, aquel semblante se dilató, y abriéndose completamente el mueble por donde se asomaba apareció el cuerpo á que pertenecia.

El hombre que de esa manera se introducía á aquel cuarto tenia el aspecto de un fantasma; llevaba un gorro blanco de dormir, y estaba completamente vestido del mismo color hasta los pies; andaba de una manera misteriosa y sin hacer el menor ruido, y á haber otro que él en aquella habitacion le habria causado espanto ó hecho creer que era víctima de alguna horrenda pesadilla.

Dió unos cuantos pasos por el aposento llevándose las manos á la frente como reflexionando en lo que iba á hacer; se dirigió despues á la cama, descosió una parte del colchon y sacó un cuchillo puntiagudo, cuyo filo probó con un dedo como lo hacen los barberos con las navajas de afeitar; pareció satisfecho del exámen porque se sonrió con aire de contento, y poniendo el cuchillo encima de la mesa en que se hallaba el Cristo, volvió á introducir la mano en el colchon.

Esta vez el objeto que sacó era mas pequeño y parecia una llave; pero á haber mas luz en la habitacion habríamos podido notar que no era una llave comun sino una llave maestra, ó lo que en México se llama una ganzúa.

Acercóse despues á la mesa donde ardia la lámpara y untó cuidadosamente de aceite la parte inferior de la llave maestra.

Todo esto lo hacia muy despacio, poniendo en ello sus cinco sentidos, y sin que su fisonomía se alterara en lo mas mínimo. Al ver su aspecto santurrón y la especie de devoción con que se consagraba á tan extrañas maniobras, se le habria tomado por un eclesiástico preparando sus utensilios para decir la misa en la sacristía de una iglesia de barrio.

Cuando concluyó todos aquellos preparativos, dió unos cuantos pasos en direccion del ropero de donde le hemos visto salir hace poco; de pronto se detuvo en actitud meditabunda, la mano izquierda con el puñal y la llave cruzada sobre el pecho y el dedo índice de la mano derecha sobre los labios como si quisiera imponerse á sí mismo silencio, y despues de permanecer así un breve rato se dirigió de nuevo hácia la cama, volvió á poner el cuchillo en el lugar de donde le habia sacado, y tomando de una de las bolsas de pecho de su chaqueta, que se hallaba colgada en el rodapié de la cama, un pañuelo paliacate de cuadros azules y blancos, puso un pie en uno de los sillones de badana, dobló sobre su rodilla el pañuelo en forma de corbata, y murmuró entre dientes:

—Así será mejor.

Encaminóse por segunda vez al ropero, adonde se introdujo, dejándole abierto de par en par; la tabla trasera de aquel mueble era corrediza, y el extraño inquilino á quien estamos observando la hizo deslizarse sin ruido por la ranura.

Apareció entónces una puerta en cuyo fondo oscuro se proyectaba como un ojo de lumbre la cerradura iluminada por la

luz que alumbraba el cuarto contiguo; el jesuita, que parecia un fantasma aereo, á juzgar por la rapidez de sus movimientos, el silencio con que los ejecutaba y su manera de andar tocando apénas el suelo, volvió á la mesa donde se hallaba la lámpara y de un soplo la apagó.

Todo quedó en el cuarto en profunda oscuridad y en completo silencio; el agujero de la llave iluminado proyectaba débiles rayos que se perdian en las tinieblas; se habria podido escuchar el aliento de un niño ó el vuelo de un insecto; nada indicaba que en aquel aposento habia un hombre.

De pronto un objeto interceptó la escasa luz que entraba por el ojo de la llave; se oyó un ligero ruido como de una puerta cerrada ha mucho tiempo que resiste al empuje del que trata de abrirla; á poco fué mas distinto y la puerta se abrió por fin con estrépito.

Un grito de angustia hizo eco al ruido que produjo la puerta al abrirse.

La luz del cuarto adonde trataba de penetrar el jesuita iluminó de lleno su semblante.

El buen vecino de la casa del tío Antonio no era otro que el Cura, nuestro antiguo conocido de la taberna de la Espigada.